EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11281

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 19 DE MAYO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

POR OFRECER NO QUEDA

Por tercera ó cuarta vez ha prometido el general Otis enviar fuerzas americanas para salvar á la valiente guarnición de Baler.

Por ofrecer no queda; pero se vé con toda claridad que no se da gran prisa en cumplir sus promesas el jefe americano.

Hasta ahora ha prometido tres cosas y ninguna ha cumplido.

Confió á los españoles la custodia de ciertos territorios hasta que recibiera refuerzos y aunque los recibió cuantiosos, los empleó donde mejor le convino, olvidando lamentablemente, con grave daño nuestro, el compromiso que contrajo. Las consecuencias todo el mundo las sabe: el ataque de Zamboanga por los indígenas, que ha puesto á nuestros compatriotas en el duro trance de arriesgar la vida por defender la hacienda agena.

Ofreció también poner en libertad á los españoles prisioneros y aunque era eso un deber de conciencia, porque á la alianza de yankis y tagalos debieron los soldados españoles su desgracia, lo ha puesto en olvido de una manera censurable, y esta es la hora en que nuestros desdichados compatriotas no saben siquiera si se ocupan de ellos; habiendo muchos que, á título de mejorar su malhadada suerte, han puesto su esfuerzo personal al servicio de los que fueron sus verdugos.

Esto no habla en favor de los americanos ni les acredita de serios ni acusa rectitud de conciencia; pero así son esos flamantes ciudadanos; en lo material, prácticos hasta dejárselo de sobra; en lo moral, cero.

Ese asunto de Baler chorrea sangre. Cualquiera gente que no fuera la yanki, se hubiese apresurado á volar en socorro de los héroes que mantienen enhiesta su bandera rodeados de millares de enemigos; el hecho de salvar á esos valientes y devolverlos a su patria, sería para alemanes ó franceses punto de honor, y se considerarían bien pagados con el gusto de estrechar la diestra de los que han logrado la admiración del mundo. Pero de esos placeres del alma que llevan al hombre a la realización de empresas generosas, en las cuales se juega la vida por la gloria no entienden los sobrinos del tio Sam; eso no es trigo ni es azúcar ni moneda acuñada ni se cotiza en Bolsa; no es práctico, en fin

Baler seguirá defendiéndose Dios sabe hasta cuándo; el mundo seguirá con interés la titánica lucha; no faltará alguna alma generosa que, arrastrada por sentimientos nobilísimos, intente la obra santa de salvar de la muerte á aquellos héroes. De Dios y de esas almas grandes lo esperamos todo. De los americanos no esperamos nada porque nada de lo que ofrecen cumplen.

Crónica Madrileña

Cuando las compañías ferroviarias les echan el cebo en forma de sendos carteles donde con titulares tamañudas les ofrecen el viaje económico, se aprestan á la invasión los provincianos que en esta época gustan de cambiar la vida reposada y sedentaria del pueblo por esta vida madrileña artificiosa é inactiva y malsana. Son huéspedes á plazo fijo, á quienes Madrid este año por todo agasajo y deferencia sólo les ha dejado abiertas las puertas de los museos y la de la casa de fieras, en el Retiro.

Los madrileños, cáusticos y zumbones, los llaman *isidros*, con intención mordáz y dando á la frase dejos de sátira burlona á incisiva; pero ellos no se curan de estas ironías y siguen visitando periódicamente, á un año fecha, á esta empecatada villa.

Ayer, día de San Isidro, la célebre pradera donde se levanta la minúscula ermita del Santo Patrón, y donde tiene su real la romería, esa pradera sin verdor, pelada de vegetación, desabrida, reseca, salpicada de barracas y puestezuchos donde se venden los clásicos *torraos* y las *rosquillas* de la tia Javiera, sembrada de grupos abigarrados en que se destacan los vivos colores del mantón de Manila, que ciñe bustos hermosos, pletóricos de gracia. Tumbados unos y embuchando con gran apetito la merienda y otros entregados á los halagos de Terpsícore, al compas de la música de los organillos, de las guitarras y las bandurrias, del tamboril y la dulzaina, que allí cada uno baila lo que le place, la jota, la muñeira, el chulo *ceñío*, sevillanas, danzas gitanas y hasta quizá, contagiados, bailen una danza macabra los esqueletos que tienen por cárceles los cementerios inmediatos.

El día galante, de medios tonos, con sol templado y viento apacible, contribuyó á hacer más loca, mas desbocada la alegria de los romeros La reina del día, su majestad la bota, tuvo rendido homenaje.

Cuando el sol declina, madrileños é *isidros* retornan con canturreos destemplados y exhalando bahos de borracheras: hay algunos rezagones que no muestran tanta diligencia para la vuelta.

Como recuerdo de la fiesta, y en cierto modo como símbolo de ella, queda el clásico botijo de barro blanco y *el pito del santo*, ese pito de cristal adornado á guisa de ramo de altar con flores artificiales y hojarasca de papel verde.

***

Ya tenemos nuevos concejales, recien acuñaditos ¡Dios les haga puritanos de conciencia y estrechos de manga.

La casa grande de la villa, que es la casa de los grandes misterios... cambia 25 de los antiguos inquilinos ¡Oh, pobre y pacientísimo contribuyente, qué beneficio tendrás tu con este trasiego de administradores? La inmoralidad concejil, cosa tan llana y corriente, te hace ser receloso de todo nuevo edil. Mucha balumba de promesas en bien de la buena administración traen los flamantes elegidos: tu desconfías, no los crees.... ¡Palabras, promesas! ¡Bah!...!

¡Oh, pobre contribuyente, juguete de los zánganos de la política! El palacio de la plaza de la Villa tiene para tí graznidos de corneja, medrosidades del agorero buho; desde allí te dejaron desnudo, enjuto, acartonado. En cambio tus aprovechados administradores están orondos y robustos, hinchados de orgullo con su olímpica impudicia. Encomiéndate fervorosamente á San Dimas para que no te chupen los tué tanos grises de tu armazón huesosa, que es lo único que te queda.

***

La Exposición de Pinturas, desde el dia de su apertura, está muy concurrida.

En concepto general la Exposición es bastante medianeja; hay sin embargo obras de gran valor artístico.

En la escuela clásica española figura en primer lugar Moreno Carbonero con su cuadro «La aventura del vizcaino»; Sorolla le disputa el premio de honor con su lienzo titulado «Cosiendo la vela» de la escuela impresionista.

Mir presenta un cuadro, también impresionista, muy bien pensado y ejecutado con fortuna, «La Catedral de los pobres», donde no se sabe qué admirar más si la finura y la precisión del dibujo de las figuras ó el acierto y la maestría al hacer las tonalidades de los fondos.

En escultura sobresale Blay, con un busto de niña en mármol, muy bien hecho y Marinas con su estátua de Velázquez: otros escultores, de tanto fuste como Benlliure y Querol, contra lo que de ellos podíamos esperar, no presentan nada digno de su fama.

No falta entre los visitantes del palacio de Bellas Artes el público frívolo que va allí á exhibirse, á tontear: el tipo de los lechuguinos está, á pesar de los años, en áuge explendoroso.

El verdadero público no va á la Exposición á satisfacer una curiosidad ligera, instantanea; por el contrario, con observación atenta todo lo escudriña y, á su modo, oficia de crítico, que, aunque en general le falten conocimientos técnicos, tiene alma de artista, sabe comprender una obra, y sus juicios, si no siempre, suelen ser de ordinario muy certeros.

***

Semana fecunda en peripecias y sucedidos es esta que dejamos á la zaga: la huelga de los operarios de la fábrica del gas, el beneficio de la Asociación de la Prensa en la Comedia y otros beneficios de que ya les habló á Vds. mi compañero Traspuntín; el duelo suspenso del director de «El Dia», Santonja, con Mataix, secretario particular del general Polavieja, y otras zarandajas... y armas al hombro, amén de la noticia del triste acaecimiento de Zamboanga, de los sablazos y pedreas de Valladolid, y de la colocación de la primera piedra de la escuela-modelo que la Compañía Madrileña de Urbanización va á construir en sus terrenos de la Ciudad Lineal, ceremonia que resultó lucida y brillante: este asunto merece capítulo aparte y ya me ocuparé de él en otra crónica.

Al hablar de Zamboanga la pluma destila hiel y coraje; lo ocurrido en la capital castellana es una consecuencia lógica de ese dualismo añejo, que estaba adormecido, no muerto, que es la manzana de discordia entre el elemento militar y el civil.

Cadetes y estudiantes, olvidando las ofensas antiguas y desechando rencores, hánse dado un fraternal abrazo. ¡Eso es muy hidalgo, muy hermoso, y sobre todo muy español.... porque es muy quijote!

Confiemos pues, en esos arrepentimientos generosos, que deseamos sean muy perdurables.

Garci-Trujillo.

Madrid 16 Mayo.

MEDICINA POPULAR

CONSEJOS A LAS MADRES

Prometimos en el artículo anterior ocuparnos de una infección que aterra el considerar el número de niños que sucumben bajo su fatal acción, y es la infección tuberculosa. Muchos son los caminos por donde el micro parásito de la tuberculosis puede ponerse en contacto con la naturaleza del niño; pero casi todos estos medios de contagio quedarían anulados si se tuviera en cuenta que el tal micro-parásito no suele asentar sus reales más que en organismos depauperados, y que, por ende, tienen poca resistencia para el trabajo continuo de elaboración de principios químicos

en muy pocos dias, en la antecámara de su majestad la reina?

Una intriga de la princesa, la que comprometía á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: intriga en la cual, aunque me favorecía, yo no he tenido parte.

—¿Y por qué intrigaba de una manera tan cruel la princesa contra doña Esperanza de Ayala?

—Porque tenía celos de ella; porque los tiene; porque anhela apartar de la corte á la marquesa; como que la princesa cree, añadió audazmente Mr. de la Chaumiere, que vuestra majestad está ciegamente enamorado de la marquesa.

—La de los Ursinos cree unas cosas muy singulares.

—Es ya vieja, señor: va perdiendo esos tenaces encantos que han resistido maravillosamente á los años, y tiene miedo.

—Y porque tiene miedo ¿es tambien tu amante, de la Chaumiere?

—Os juro, señor, que la princesa y yo nos detestamos.

—Y si os detestais, ¿por qué te ha escrito de tal manera la princesa?

—No me ha escrito, señor: la carta que se ha encontrado en la antecámara de su majestad la reina

es una admirable falsificación, pero siempre una falsificación.

—No parece sino que tú la has hecho, á juzgar por la seguridad con que lo dices, observó Felipe V, mirando profundamente á Mr. de la Chaumiere.

—No la he hecho yo, dijo Mr. de la Chaumiere, procurando desesperado no perder el favor del rey; pero puedo decir á vuestra majestad quien la ha hecho.

—¿Quién? saltó el rey con un excesivo interés.

—La única mujer á quien he amado, á quien amaré, por la que moriré desesperado.

—¿La conozco yo, de la Chaumiere?

—¡Oh! si señor.

—¿Cómo se llama?

—Ursula Quiñones.

—¡Ursula Quiñones!

—Si, Ursula Quiñones, hija del tio Manzámpulas, verdugo de Madrid.

—¿Y dices tú que esa es la autora de la hábil intriga que envuelve á la princesa, y aun añades que la conozco yo?

—Tanto la conoce vuestra majestad, que es muy posible que vuestra majestad esté enamorado de ella.

Nada tenía de extraño este lenguaje en Mr. de la

quesa de Nuestra Señora de las Nieves, hermana de doña María?

—Si mi casamiento con doña Esperanza hubiera podido causar mi desgracia, y acaso mi muerte, á causa de nuestra desigualdad de condiciones, ella persona real, y yo simple gentilhombre, hubiera huido antes de verme obligado á arrostrar un peligro indudable uniéndome á ella.

—¡Cómo, cómo! dijo Felipe V; pues qué, ¿conoces tú la historia de doña Esperanza de Ayala?

—Doña Esperanza, señor, es hija, no del rey don Cárlos II, sino de la princesa de los Ursinos.

—¡Cómo! ¿y tienes las pruebas de ello?

—Si señor, dijo Mr. de la Chaumiere: y si vuestra majestad me lo permite, iré por ellas y se las presentaré.

—Vé, de la Chaumiere, ve, y vuelve al momento.

V

Mr. de la Chaumiere salió; y volvió á la media hora, trayendo los documentos que poseía acerca de dos de las tres Esperanzas; esto es: de la doña Esperanza hija del almirante de Castilla, y de Azucena.

Era uno de los documentos la supuesta acta *in ar-*